

LA SOLEDAD DE JESUS

DISCURSO DE CLAUSURA DE LA XVII REUNION DE AMIGOS
DE LA CIUDAD CATOLICA

POR

ABELARDO DE ARMAS

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

En vez de cuartillas, acabo de colocar aquí una reliquia de una religiosa que mañana hará cuatro años que comenzó a vivir, carmelita descalza contemplativa, Madre Maravillas de Jesús. Un instrumento elegido por el Corazón de Jesús para llevar al mundo vida contemplativa y vida activa, porque, a lo Santa Teresa, fue un modelo de vida activa salido de la contemplación. Y pongo esto aquí y me encomiendo a la Madre Maravillas, a quien me suelo encomendar todos los días muchas veces, para que me saque del apuro en que me ha vuelto a meter Juan Vallet de Goytisolo, después del que me metió en Torrente.

Este encuentro, diecisiete encuentro de amigos de la Ciudad Católica, no puede terminarse aquí. Ahora es cuando comienza y si nos hemos reunido estos días para escuchar unas conferencias preciosas, para discutir en algunos foros, sobre todo en los diálogos, nuestros puntos de vista, en lo que estamos todos de acuerdo, en un común acuerdo, es en que ahora hay que llevar esto a la acción, tenemos que actuar. Una acción positiva, una acción constructiva, una acción eficaz; pero lo importante en ella es ser perseverantes, y precisamente para poder ser perseverantes en ella es por lo que más que un discurso de clausura, querría hacer aquí unas reflexiones contemplativas.

En el momento en que cada una de las personas que integran este encuentro se determine a actuar por la Ciudad Católica, por

la Iglesia, por Jesucristo, por su Santísima Madre, inmediatamente a esa armonía de amor que va a llevar al mundo, se va a contraponer la dialéctica del enemigo: Mundo, Demonio y Carne. Y de estos tres enemigos, los tres van a ser comunes en la actuación. Pero fundamentalmente me voy a acoger a una regla de san Ignacio que, en la primera semana de sus Ejercicios, en las reglas de discernimiento de espíritus, nos dice —en su segunda regla— “que en aquellas almas que van de bien en mejor subiendo, usa el enemigo contrario modo que en la primera, que era la de aquellos que van de pecado en pecado mortal cayendo. En este caso, dice, acostumbra comúnmente el enemigo proponer placeres aparentes, pero en los que van de bien mejor subiendo, usa contrario modo, porque entonces es propio del mal espíritu morder, tristar, poner impedimentos, e inquietar con falsas razones para que no se pase adelante”. De manera que la táctica que el enemigo va a seguir como fruto de este encuentro, que en algunos de los foros he escuchado decir a algún sacerdote que ha supuesto para él casi como un retiro espiritual, va a ser la de intentar transformar el buen deseo en desalientos.

Oí en una ocasión una anécdota en la que se decía que el demonio sacó en una ocasión sus armas a subasta delante de innumerables demonios, —como coloca San Ignacio la meditación de Dos Banderas, innumerables demonios—. Sacó sus armas a subasta y Satanás decía: “¿Cuánto dais por esta piedra? Esta es la piedra de la lujuria, infinidad de almas tengo sumergidas en el infierno por esta piedra”. El resto de los demonios subastaba. Después, sacó otra piedra “¿Qué dais por esta piedra? Esta es la piedra de la soberbia, tened en cuenta que en el infierno hay vírgenes pero no hay humildes, por lo tanto esta piedra de la soberbia es de un valor incalculable”. Pujaban los demonios, y después de sacar una serie de piedras, de repente dijo: “¡ay!, ahora aquí tengo una piedra, pero ésta no la saco a subasta. Esta es la piedra con la que más almas he metido en el infierno, no hay nadie en el infierno que no esté por ella”. Y entonces los demás diablos pujaban y decían: “¡sácala a precio! ¿qué piedra es esa? ¡dínoslo! ¡comunícenos tu secreto!”. No os comunico nada, decía él. “Pero, ¿qué piedra es

esa?, le replicaban. ¡Ah!, dijo él, esta es la piedra del desaliento. El desaliento. No se trata de empezar a trabajar —por la paciencia salvaréis vuestras almas—, se trata de ser constante.

Ahora bien, ayer escuchaba al Padre González Quevedo unas palabras en una charlita que tuvimos aquí y me contaba una pequeña controversia habida entre Fray Luis de Granada y Juan de Avila. El tema era: en virtud de qué había amado Francisco de Asís la pobreza. Fray Luis de Granada decía: ¡ah!, Francisco de Asís amó la pobreza porque al ver sus valores, al sentirse desprendido de todo por ella, veía que aquello, desasido de todo lo terreno, se levantaba a la contemplación mística de Jesús a quien tanto amaba. Y Juan de Avila le dijo: no, no; Francisco de Asís contemplaba la sacratísima humanidad de Jesús —de la que nos hablaba ayer el profesor Canals en su preciosa conferencia, con palabras de Santa Teresa— y contemplando a Jesús pobre, viendo a Jesús pobre, él sacaba fuerzas y amor para vivir la pobreza.

Pues bien, para no desalentarnos, nosotros vamos a contemplar aquí, en esta tarde, en la clausura, a Jesús solo, la soledad del Corazón de Jesús. Porque es palabra de Dios en San Pablo, que todos los que quieran vivir piadosamente según Cristo, han de padecer persecución. Y si nosotros estamos determinados a sacar una acción constructiva, una acción eficaz, una acción pacífica, una acción que tiene que nacer de la contemplación, —porque si no esa acción es infecunda, no es una acción unida al Verbo, y sin Mí nada podéis hacer—, si nos determinamos a esta unidad con Jesús, con el Verbo para actuar, inmediatamente vamos a padecer persecución, y en esa persecución iremos quedando poco a poco aislados, solos. Y aquí entran en juego el desaliento y ese pesimismo que nos acaba de decir magníficamente Enrique Zuleta al terminar su conferencia, porque no tenemos derecho a ser pesimistas ni a dejarnos desalentar. Pero las fuerzas las sacamos contemplándole a El.

La soledad del Corazón de Jesús. Idlo contemplando, y no ahora, sino cada día de nuestra vida durante un buen espacio de tiempo. Que nuestra contemplación no sea de televisión sino de teledivina-visión y podamos contemplar todos los días el Corazón de Jesús, nuestro modelo.

Soledades del Corazón de Jesús. Vamos a empezar por la soledad en Belén. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. La soledad de Jesús, nacido, dice San Ignacio, en suma pobreza. Es impresionante que en la noche de Belén el Esperado, el Mesías, el Ansiado, aquél por el que clamó Isaías: "destilad, cielos, el rocío de lo alto, lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y germine al Salvador", venga a la tierra y nazca en una soledad total y absoluta en presencia del corazón de la Santísima Virgen y del corazón de San José, a los cuales Dios beneficiaba inmensamente con esta pobreza en que nacía el Verbo, porque los preparaba así para poner los ojos y el corazón solamente en aquél niño que nacía, y no poder ponerlo en ninguna otra criatura. Pero empieza a nacer en soledad y a formar en la madre un corazón solitario. ¿Qué mujer habrá habido en el mundo que haya dado a luz sin tener nadie que la asista, y que después de dar a luz no haya venido alguien, otras mujeres, a ayudarla, a felicitarla por el niño que ha tenido?

La soledad de Jesús y de la Virgen. Soledad del Corazón de Jesús con su propia madre. Para formar el Corazón de la Virgen en soledad a los doce años Jesús abandona a su madre por tres días, quedándose en Jerusalén al finalizar la fiesta de la Pascua. En estos tres días, nos dicen algunos comentaristas del Evangelio, la Santísima Virgen ha sufrido más que en la Pasión, porque en la Pasión tenía la presencia del Hijo, por lo menos el consuelo de estar junto a El. En estos tres días ignoraba dónde estaba Jesús. Pero la Virgen sabía que aquel niño era Dios y la Virgen clamaba, y en estos tres días oraba y sabía que vivo o muerto la escuchaba, ¿cómo no respondía el Hijo de sus entrañas, el Hijo de Dios, el todo bien, y toda bondad? Por eso cuando lo encuentra le pregunta: "pero, Hijo, ¿cómo lo has hecho así con nosotros? ¡Mira que tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando!" Y Jesús les dice: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo había de estar en las cosas de mi Padre?" Ellos no entendieron nada de lo que les había dicho. Jesús preparaba a la Santísima Virgen para vivir su soledad. Fue el primer desgarrón fortísimo hecho en el Corazón de la Virgen, porque el Corazón de la Virgen tenía que corredimirnos con un corazón solitario. Y al hacer este desgarrón,

que ni siquiera la madre en principio comprendió, la llevaba de pobreza espiritual, en el cual escalón se había quedado la Virgen el día de la Purificación al entregar al hijo al Padre de los Cielos y ofrendarlo ya en el templo, a pobreza actual de quedarse sin Jesús, y entender, ponderando estas cosas en su corazón, que llegaría un día en que el Hijo de sus entrañas la dejaría en una soledad total y absoluta. Mayor soledad para la Virgen después de la Ascensión que la espada que taladra su corazón al pie de la Cruz. Es un milagro que la Santísima Virgen continúe en la tierra sin la presencia de su Hijo. Todos los autores y todos los místicos nos ponen después de la Ascensión de Jesús consuelos para seguir manteniendo a la Virgen mediante contactos con Ella en la tierra para que Ella pudiera seguir alentando, y dando luz a la Iglesia, en medio de un parto, que ése sí que hacía sangrar lágrimas de dolor, muchísimo más que las lágrimas de soledad al dar a luz a Jesús en Belén. Ha preparado así a la Virgen para vivir en soledad, llevándola a la pobreza actual.

A estas soledades nos tiene que llevar Jesús, mis queridos amigos, y si no, no es que no seamos santos, es que no podemos ser ni cristianos. Por tres veces anuncia Jesús la Pasión en el Evangelio, en el capítulo IX de San Lucas dos veces y en el X una tercera vez. De estas tres veces, dos añade el Espíritu Santo cuando les dice: "Mirad que subimos a Jerusalén, donde el Hijo del Hombre va a ser escarnecido, va a caer en manos de los doctores, va a ser azotado, va a ser abofeteado, va a ser crucificado, pero al tercer día resucitará", añade: "y ellos no entendían nada de lo que les había dicho" y añade más el Espíritu Santo, "y era éste un lenguaje encubierto para ellos" y no querían pensar en aquello y les ha dicho: "mirad que subimos a Jerusalem", no mirad que subo, sino que subimos. Y estas palabras nos repite Jesús a nosotros, subimos, no subo, subimos. Si tú quieres santificarte y quieres vivir en cristiano tienes que subir conmigo a la Cruz. Esto nos cuesta trabajo, no lo entendemos. Con razón el Espíritu Santo dice que era un lenguaje enigmático, no lo comprendieron, no comprendemos que tenemos que sufrir, mis queridos amigos, que si realmente nosotros queremos ser útiles a la gloria de Dios, salvar a la Iglesia en

estos momentos, salvar a España, nuestra querida patria, no podemos ir por caminos distintos que por los que fue el Maestro. Y nos elige a cada uno de nosotros porque estamos aquí, porque, como ha dicho el Padre González Quevedo hace un rato en el foro, no somos pueblo menudo los que estamos aquí asistiendo, sino pueblo selecto. Dios nos tiene que llevar a la santidad y no tiene otro camino para llevarnos a ella que ése, su propia soledad.

Soledad del Corazón de Jesús con los suyos. Sus familiares, nos dice San Marcos, que venían a buscarle en cuanto salió a la vida pública y querían llevárselo porque decían que estaba como fuera de sí, como loco.

Soledad del Corazón de Jesús en Nazaret, su pueblo. Ya había dicho El que ningún profeta lo es en su patria. Pero llegó a Nazaret y los nazarenos quisieron precipitarlo por un barranco. Jan Dobraczynsky en ese libro "Cartas de Nicodemo" describe a Jesús; El, nos dice el Evangelio, pasando por el medio se retiraba y alejándose del pueblo —dice Jan Dobraczynsky— contempló la ciudad a lo lejos, se sentó en el suelo, comenzaron a convulsionarse sus hombros, agachó la cabeza —Jesús estaba llorando—. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron, los de Nazaret, los íntimos, con los que había estado treinta años de su vida, y a los que amaba, porque el desgarrón de la soledad de Jesús es que cada uno de los que le produce soledad, es amado por El.

Soledad de Jesús con las masas: no lo entendieron. Tuvo que decirles: "vosotros me buscáis porque os he dado de comer". Pero en cuanto se quedó solo y empezó a pregonar el Sermón de la Eucaristía, "dura doctrina es ésta", le dejaron solo, "también vosotros me dejaréis solo". Las masas le llevaban multitudes de enfermos, pero solamente una vez leemos en el Evangelio, y también era un enfermo, le llevaron pecadores que era lo que había venido a buscar. Las masas entendían como nosotros una salvación de lo temporal, en lugar de una salvación de abundancia de vida divina en el alma. Soledad del Corazón de Jesús ante las masas.

Soledad del Corazón de Jesús con los teólogos de la época. No nos extrañemos ahora cuando nos hacen sufrir ciertas teorías, "vosotros escudriñáis las Escrituras y no me habéis conocido". Soledad

del Corazón de Jesús con los fariseos, que debieron de haberle recibido entre aplausos y vítores, y los tuvo que llamar "raza de víboras, sepulcros blanqueados". Pero los amaba, amaba Jesús a aquellos fariseos y los tuvo que hacer rostro, decirles abiertamente lo que hacían porque ponían cargas que ellos no eran capaces de soportar, aunque dijese al pueblo en cuanto a ellos: "haced lo que os dicen, aunque no hagáis lo que ellos hacen".

Soledad del Corazón de Jesús con los más íntimos. A Pedro le tuvo que decir "aparta de Mí Satanás", porque Pedro no había entendido el dolor de la Cruz y le quería separar de que subiese a Jerusalén. En la noche de la Cena todavía les tendrá que decir: "tanto tiempo con vosotros, Felipe, y aún no me habéis conocido".

Soledad del Corazón de Jesús en Gerasa. Fue preferido a dos mil cerdos después de hacer la curación del endemoniado, tras haber sepultado en una pira de dos mil cerdos a una multitud de demonios — "nuestro nombre es legión" —. Vinieron después aquellos ciudadanos griegos del territorio de la Decápolis para decirle "márchate de aquí, creemos que eres un gran hombre, pero nos has infringido un gran daño".

Soledad del Corazón de Jesús. Los íntimos en el momento de la agonía en Getsemaní se quedaron dormidos. Poco después nos dice el Evangelio: "entonces sus discípulos, abandonándole todos, huyeron".

Soledades del Corazón de Jesús. En la Cruz. No tenemos palabras para expresar el misterio de la soledad de Jesús. Maldito el que cuelga del madero, quedó abandonado, aun del Padre de los Cielos: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". No podemos llegar a comprender este misterio, y así es como Jesús ha realizado nuestra salvación. Y después de la Cruz, nos dice San Juan de Avila que, si repitió: "todo se ha acabado", dice Juan de Avila todo se ha acabado en cuanto al padecimiento que no en cuanto al amor, porque nos sigue amando.

Soledad del Corazón de Jesús que mantiene hoy. Hoy hay también Herodes. Jesús ante Herodes, ¡qué soledad tuvo el Corazón de Jesús! Ante Herodes Jesús callaba, no dijo ni una sola palabra. Habló con Pilatos, habló con Caifás, con Anás. Con Herodes el

lujurioso, el que vivía con la mujer de su hermano, ante Herodes, Jesús callaba. ¿Qué sentirá el Corazón de Jesús hoy, cuando una de las películas de más taquilla lleva por nombre Emmanuelle, su propio nombre, Emmanuelle, que significa Dios con nosotros, como si el Dios del mundo actual fuera la carne? La soledad del Corazón de Jesús, y calla.

Soledad del Corazón de Jesús con la injusticia de Pilatos, que seis veces, seis veces dice que es inocente y lo entregó.

Y nosotros hoy, ¿no dejamos solo al Corazón de Jesús? porque sigue prolongando el amor, que no ya el padecimiento, pero se ha quedado en la Eucaristía, memorial de su Pasión. Está en los Sagrarios, ¿Cuánto tiempo acompañamos nosotros a Jesús diariamente ante un Sagrario? Vemos que cada vez nos quejamos de que algunas disposiciones en algunas Iglesias han arrinconado los Sagrarios y los han puesto a un lado, pero nosotros con los Sagrarios que tenemos a nuestro alcance, ¿qué hacemos? ¿acompañamos a Jesús en la Eucaristía?

Me escribía una religiosa Carmelita, priora de un convento diciéndome: "Abelardo, llevo recibidos dos sobres con hostias consagradas dentro. En las mismas hostias escritas palabras blasfemas, y me dicen: no lo dudes, están consagradas, ¿Por qué me mandan a mí estas Hostias, porque me llamo Adoración del Santísimo Sacramento? Estaba yo en una casa religiosa hace unos años, y había en aquella casa religiosa, donde estuve pasando unos días de verano, unos sacerdotes detenidos, y comentando con ellos, uno de aquellos sacerdotes vascos dijo que en una discusión en una parroquia de la zona en que él estaba, discutieron un párroco y un coadjutor sobre la presencia real de Jesús en la Eucaristía, se acaloraron y al final el coadjutor se fue a la capilla, abrió el Sagrario, cogió el copón y tiró las formas por la taza del water. Fui hace años a pasar el día a un pueblo que no tenía sacerdote y entré en la Iglesia. Nos fuimos a buscar a otro Párroco de un pueblo cercano, aquí en Madrid, —puedo decir el nombre,— nos fuimos a Manzanares el Real para buscar al Párroco y que nos celebrase Misa en Boalo. Cuando el Párroco en la Misa abrió el Sagrario, las formas estaban corrompidas, no había corporales debajo del Copón,

sino unos papeles de periódicos amarillentos. ¡Cuánta soledad sufrió Jesús en aquel Sagrario!

Soledad del Corazón de Jesús en nosotros mismos. Somos de sus predilectos, de sus íntimos, nos ama y le tenemos durante el día como en el olvido. Nuestra propia alma se ha convertido para El en un hospedaje en que es el gran ausente. Hay tantas cosas que nos preocupan y no nos preocupa el Corazón de Jesús.

Mis queridos amigos, ¿qué haremos nosotros al finalizar este encuentro? ¿No tendremos que tomar como emblema del encuentro, el reformar mi vida para que mi acción en adelante pueda ser fecunda, pueda ser pacífica, amorosa, constructiva, armónica, no dialéctica? ¡Miradle a El. Juan Pablo II nos ha dicho a los jóvenes, en una de sus tres audiencias que ha tenido para los jóvenes: "Buscad a Jesús, amad a Jesús, dad testimonio de Jesús".

Vayamos a la Santísima Virgen, acompañémosla en la soledad, convirtamos nuestra vida en una sonrisa para la Virgen. Al Padre Bidagor le oí un día esta anécdota. ¡Qué duda cabe que cuando María se encontraba destrozada con Jesús, entre sus brazos muerto, y se acercaron Nicodemo y José de Arimatea para decirle: Señora, aquí tenemos un sepulcro nuevo donde poder enterrarle, Ella miraría agradecida! Era una preocupación para la Virgen dónde depositar a su Hijo, porque el Talmud prescribía que los ajusticiados tenían que ser sepultados en la fosa común, tendría que ir allí a la fosa, donde estaban ya los cadáveres de malhechores anteriormente ejecutados. Aquello era un drama para la Santísima Virgen, pero también el Talmud prescribía que se le podría enterrar en un sepulcro sin estrenar. Cuando José de Arimatea ofreció el sepulcro y dijo: Señora, aquí tengo un sepulcro nuevo, si queréis podemos depositarlo ahí, ¡qué duda cabe que de entre el dolor de la Virgen arrancaría una sonrisa, miraría agradecida! Hoy hay que ofrecerse a la Virgen y decirle: Madre, mira, soy un sepulcro, de mí no se puede esperar nada más que corrupción, pero si mis miserias sirven de algo a la misericordia infinita de Jesús ponlo dentro de mí, por lo menos que aquí descansa, que encuentre un lugar de refugio. "Busqué quién me consolase y no lo hallé, quise encontrar consolador, no lo hubo." ¿No habrá aquí unas almas para ofrecerse a ser

consoladoras del Corazón de Jesús? Nos va a tratar duro si nos ofrecemos, nos va escoger por equilibradores de su dolor, y nos va a hacer sufrir terriblemente como está haciendo sufrir a tantas almas en España y en el mundo, pero no hay otro camino para hacer la salvación. El nos escogerá así, tiene que hacernos semejantes a El, es la única forma de santificarnos.

Yo he visto a uno de mis muchachos morir con un cáncer de vejiga, y este chico ofreció su enfermedad. La descubrió antes que sus propios padres. Sus padres se la ocultaban. Cuando al final le fueron a manifestar ya decididamente a través de mí que tenía un cáncer, no hizo falta porque lo sabía mucho tiempo antes y había ofrecido todo. Y cuando ya no podía ni siquiera resistir la anestesia, pues no se la podían poner porque le provocaba la asfixia, aquel muchacho con el cual su padre me dejaba a solas para que pudiéramos hablar íntimamente, me decía: "Abelardo, quisiera amar, quisiera ofrecer esto, pero no puedo, quiero hacer oración, no puedo. Mi padre me lee algunas cosas, pero no las capto, yo quisiera hacer algo útil, pero no puedo nada, no puedo nada". Yo veía ahí a un Cristo vivo, clavado en la Cruz, en su lamento del tengo sed, amando sin sentimiento, pero haciendo el amor más puro que se puede hacer, que es el de morir por los demás, y decía: "realmente Señor, cuando escoges a un alma para identificarla contigo, ¿cómo la haces sufrir!". Y a nosotros Jesús nos escoge, para invadirnos también con un cáncer, pero no es un cáncer con el que pretenda aniquilarnos, sino un cáncer con el que pretende transformarnos en El y una vez que se haya hecho esa transformación en Jesucristo, entonces nosotros estamos salvando al mundo, entonces es cuando estamos realmente siendo eficaces en nuestra acción.

Una anécdota positiva. Se dice que cuando Jesús moría en la Cruz, Dios Padre y Satanás estaban jugándose la Redención del mundo en un tablero de ajedrez. Dios Padre dejaba a Satanás manejar el tablero de la historia y le dijo: "juega, tienes el tablero a tu disposición, pon las fichas donde quieras" y Satanás iba colocando aquí un peón, aquí se servía de la ignominia humana, de los celos, de las envidias, de los rencores, de la carne, y poco a poco iba preparando el jaque. Cuando ya colocó a Jesús en la Cruz,

cuando ya estaban aquellos que meneaban la cabeza para decir: "bájate de la Cruz", cuando Jesús estaba aparentemente contemplando el triunfo más aplastante, que era ver el triunfo de sus enemigos en la soledad total y absoluta, entonces colocando las piezas sobre el tablero, Satanás miraba a los ojos de Dios y Dios le decía: ¿no cambias?, y él dijo: Ya no, mate. Y dijo Dios Padre, ¿seguro?, mate —replicó él— ¿De verdad? —volvió a preguntar, puedes todavía corregir tu jugada, y Satanás, viendo todo tan perfectamente planificado respondió: no, definitivamente mate. Entonces Dios Padre volteó el tablero y por debajo se estaba jugando otra partida en la que cada una de las piezas que el demonio había ido colocando, había dado lugar precisamente al acogotamiento suyo final. Se hacía la Redención de los hombres clavando a Cristo en la Cruz, como había hecho Satanás, y era él el que quedaba hundido para siempre en la eternidad.

La única manera de hacer salvación de los hombres es dejarle a Jesús que nos invada como un cáncer. Si el grano de trigo no cae en la tierra, se pudre y muere, no da fruto y esto lo tiene que hacer con nosotros. ¿Seremos capaces de ofrecernos a esto? Pero es que sacarás fuerzas para no desalentarte cuando escribas cartas y las cartas no se publiquen, cuando trabajes como ha dicho Federico, este mejicano, dieciséis años pacientemente hasta obtener un triunfo y no desalentarte, porque cuentas de antemano con que un cristiano no ha venido a la tierra ni para cantar victorias, ni para llorar derrotas, ha venido para dejarse hacer. El abandono, dice San Agustín, es el fruto del amor. Así como un manzano no puede dar peras y el fruto del manzano es la manzana, el amor no puede dar otro fruto que el abandono y el alma que realmente ama se abandona, y se deja hacer y deshacer por Jesús. Pues con esto termino, mejor, con aquello que nos decía el año pasado un Santo Obispo, don José María García Lahiguera, cuando nos puso en contemplación la soledad de Belén y allí, nos dijo, hay un juego de miradas. La Virgen mira a Jesús y a la Virgen San José, a los dos mira Jesús y se sonríen los tres. Esta es la soledad de nuestra vida, tener los ojos clavados en la Virgen, clavados en Jesús, identificarnos con El.

de dos corazones
hacer un latir
y morir contigo
morir contigo
para en ti vivir.

Es una soledad que fortalece, es una soledad consoladora, es una soledad que llena de alientos, ante la cual no tiene el desaliento entrada, es la soledad de compartir la Cruz con Jesús y poder decir con San Pablo: "con Cristo estoy clavado en la Cruz y vivo yo, más ya no yo, es Cristo quien vive en mí". Pues terminemos con esas palabras con que Juan Pablo II comienza o termina sus intervenciones ¡Alabado sea Jesucristo!

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

QUE SOMOS Y CUAL ES NUESTRA TAREA

I. *Qué somos:*

1. Por nuestra fe.—2. Por nuestra específica labor de «caridad política».—3. Por nuestras convicciones naturales.

II. *Cuál es nuestra tarea:*

- a) Formación de unas élites.
- b) Acción cultural.

22 págs.

28 ptas.